



DESARRAIGO Y SOLITUD

José Luis Moya Gámez

# ANÉLOGÍA

DESARRAIGO Y SOLITUD

José Luis Moya Gámez



No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Gracias por respetar las leyes del copyright.

© José Luis Moya Gámez (2025) está bajo la licencia CC BY-NC-ND 4.0

Para ver una copia, visite: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Para solicitudes de permiso y consultas, contacte a: [joseluis moyagamez@gmail.com](mailto:joseluis moyagamez@gmail.com)

Ilustraciones realizadas por Cielkisstudio

Maquetación y edición artística: Alina Ivanna Basarab

Edición: 2025

Depósito Legal: J 330-2025

## BIOGRAFÍA BREVE

José Luis Moya Gámez, profesor, autor y periodista, nació en Jaén, España, en 1998. Ha creado contenido para redes sociales, trabajado en prensa y en las aulas, publicado bibliografía y colaborado con distintos autores y artistas. A veces vive cerca del mar, otras en la montaña y siempre entre la narrativa literaria y audiovisual.

Para más información, visite la página web del autor:

<https://joseluis moyagamez.wixsite.com/chelu>

*Al resto del mundo  
cuando me quedo solo*

# ÍNDICE

	Prólogo	11
I.	Placer áspero	15
II.	Víbora	19
III.	La puerta y el abismo	27
IV.	Bandera blanca	29
V.	Juventud atrasada	31
VI.	Ceniza en el bolsillo	37
VII.	Eslabón perdido	39
VIII.	El sótano	41
IX.	Acuerdo táctico	49
X.	Las 5:00	51
XI.	Las llamas del silencio	53
XII.	El borracho	61
XIII.	Ocho gritos mudos	63
	Agradecimientos	65

# PRÓLOGO

Esta antología, breve como la última noche fría del invierno, no es un libro de cuentos ni un poemario convencional. No es otra cosa sino una colección de relatos, microrrelatos, poemas de verso libre y reflexiones; todos literarios, en su mayoría, inéditos.

Algunos escritos son recientes y otros pertenecientes a *Catarsis* (2017) o a obras inconclusas como *Rosa Negra* (2019) y *Ébano* (2023). Esta antología es la simbiosis entre la creación emergente de estos últimos años y un fragmento escueto de mi legado hasta la fecha.

Se trata de un atisbo de necesidad de publicar y ampliar mi obra sin la urgencia de comercializarla. Esto es: sin editores, distribuidores, gestores o cualquier tipo de parásito sediento por rasgar cuatro monedas. Sin presión, sin expectativas, sin un público forzado. Libre.

Como en la estética idealista, “el arte por el arte”, ahora y para mí: la escritura por la escritura. El arte desinteresado que confiere a la producción literaria la esencia de ser distinta de un objeto utilitario y que no la encamina hacia el beneficio tangible.

Las plaquettes, a finales del siglo XIX y principios del XX, eran pequeñas publicaciones que permitían a los poetas compartir su trabajo de manera artesanal y económica. Estas ediciones se relacionan con movimientos modernistas y vanguardistas, pues permitían al autor compartir nuevas ideas y experimentaciones literarias. Hoy, cada vez peor para sorpresa de nadie, existe Twitter.

Esta es mi plaquette desinteresada.

Eso sí: para no variar, las siguientes líneas serán un tiro en la sien. Una bocanada de realidad alejada del infame, superficial y roto mundo que nos envuelve. Un aliento de humo en un bar sucio y ruidoso cuando afuera hay guerra.

*J.L. Moya Gámez*

## I. PLACER ÁSPERO

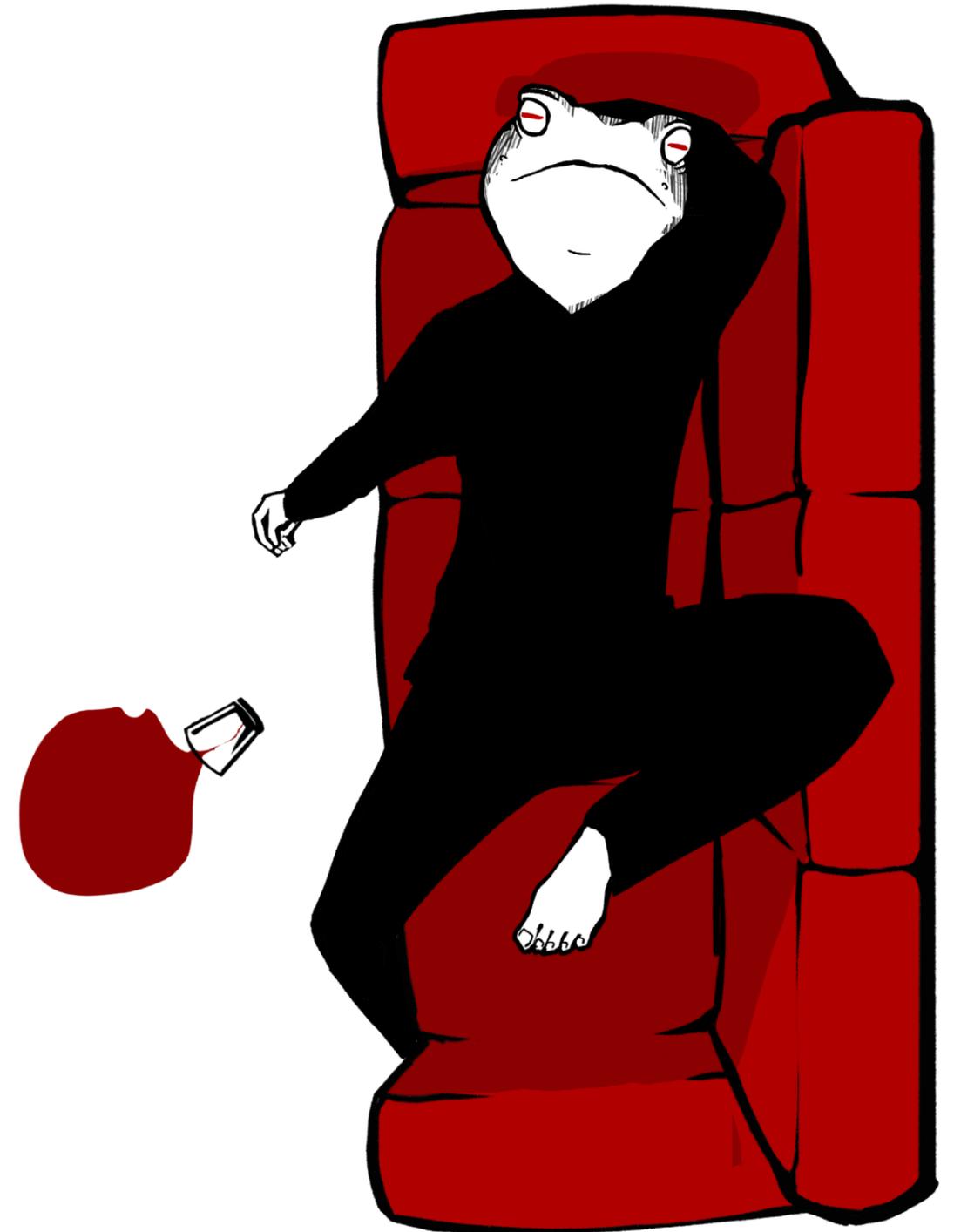
Disfruta de ese sofá de cuero,  
de la brisa gélida  
cuando fuera hay 40 grados,  
del hielo en tu copa de whisky  
barato, también de 40 grados,  
de la soledad en casa un día  
y otro, y otro, sin final.

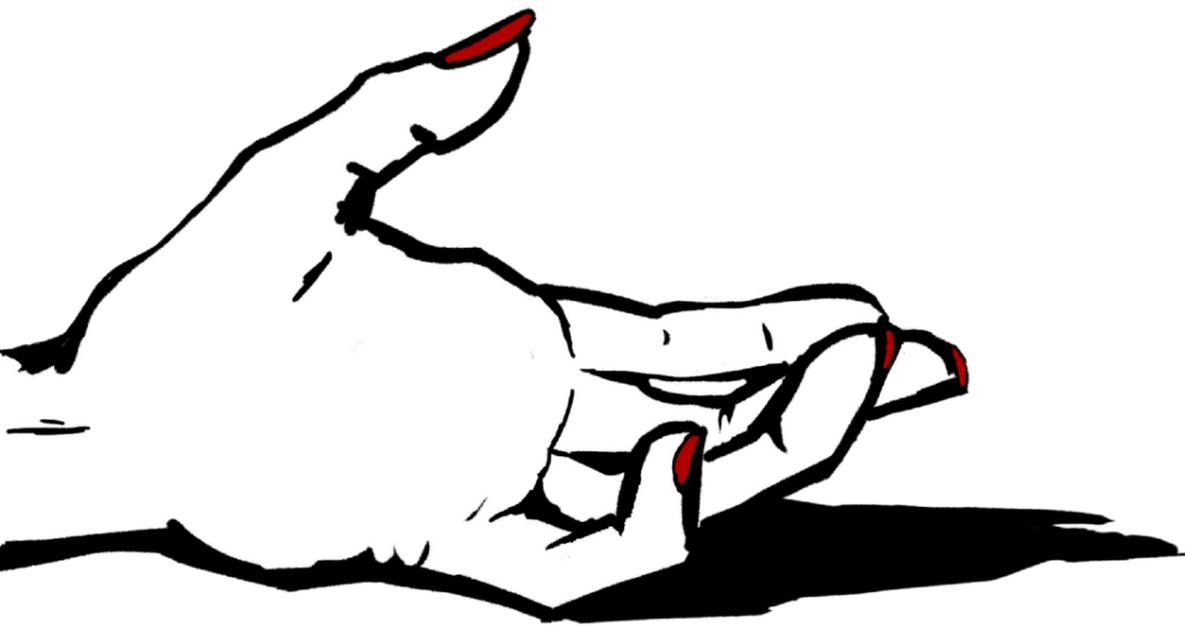
Disfruta sin rima  
de la polimetría en versos libres,  
lejos de los textos vanidosos  
de alguno que diga ser poeta  
y de otros que además lo crean.

Disfruta del gentío cuando se va,  
del carril de piedras y de los abetos,  
de los gatos silvestres y de los arbustos  
que se mecen como el viento en tu cara  
y disfruta del sufrimiento por no sufrir más.

Pero también recuerda las aceras, los bares,  
las peleas, las pequeñas ratas de ciudad  
y las almas rotas, pobres, que te persiguen  
y, aunque huyas, te encuentran por la noche  
donde sea, donde decidas descansar.  
En cualquier cama te acompañan, así que  
disfruta del áspero semblante de la realidad.

*(2024)*





## II. VÍBORA

Bajo el parpadeo intermitente de una farola moribunda, el manto del frío abraza mis pensamientos. A veces echo en falta resquicios de mi vida anterior, de aquello que un día fui: la valentía propia de aquellos que se atreven a relucir a través de la sombra. Ahora todo yace, o lo aparenta, en sosiego y con el orden debido, pero me aferro a la necesidad de retomar pequeñas dosis de desorden e incluso –ni siquiera lo comprendo– de malestar: embriagarme y sentir un enjambre de demonios perforando la tapa de mis sesos. Por ese motivo, regreso a un hostel cercano a donde todo comenzó, después de más de veinte años, esta vez solitario y desconocido. Abro una puerta que chirría y revela una habitación oscura.

Sobre la mesa, folios de un libro aún por terminar, algunas monedas y un cenicero. Releo el título: “Rosa negra”, así como lo que escribí entonces. Concluyo que no me representa por completo, aunque he de admitir que lo hizo y que las letras están cargadas de franqueza. Ahora no me veo reflejado en esas líneas; no del todo. Pero acepto que es innegable y poco presumible que formaron parte de mí y que, en su día, necesité dejar constancia de ellas.

En lugar de desechar el montón de folios, esbozos, tachones y anotaciones escritos en distintas etapas convulsas a lo largo de estos años turbulentos que me preceden, elijo reorganizarlas: darles la forma que merecen y una buena capa de pulimento. Después, relajarme y escrutarlas. Entiendo que el lector pueda pensar que estas hojas narran o desvelan algún tipo de ficción a medias. Y la realidad es que cavaría, aún más si cabe, mi propia tumba si desvelase la veracidad de lo que ocurrió aquella noche de 1998. Sin embargo, ya he mentido a muchos desde entonces y no llamaré ficción a lo que revelaré más adelante. La mentira es un cimiento débil.

Paseando sin urgencia entre los papeles, me topo con algo que poco tiene de invención. La piel de todo mi cuerpo se eriza y, de inmediato, dejo caer el taco de folios sobre la mesa. No permanezco inerte por más de un instante antes de recurrir nuevamente a los escritos, pero procuro aproximarme a ellos con dilación. Sin apartarles la mirada, hundo el dedo en el vaso de ginebra para mover los hielos y mezclar mi tercer cóctel. Como si el frío penetrase desde la punta del dedo índice, mi memoria se refresca y, muy a mi pesar, rememoro lo que tengo entre manos: recuerdos turbulentos de mi antiguo ático, a finales de los noventa, antes de que mi vida comenzase a desmoronarse.

Hoy, con el abrigo de la vejez, la coartada del anonimato forjada y sin nada que pueda vincularme con los hechos, me propongo exponer el escrito y presentar aquella serie de sucesos domésticos al lector, sin ningún ápice intencional de disgustarlo.

Dice así:

\*\*

Encontré la paz aquella noche fría y silenciosa al abrir la ventana para, sin nada mejor que hacer, contemplar la lluvia. Hasta que cometí el error de retomar mis cavilaciones.

Suena El Silencio de Beethoven por quinta vez consecutiva en mi pequeño apartamento. Un filtro gris matiza los colores de la ciudad –que ya luce sombría por sí sola, sin poner esmero– y los relámpagos iluminan de forma intermitente el interior de lo que un día lejano creímos nuestro hogar: proyectos que quedaron en eso, en la mera esencia y definición del propio término; nada más lejos de los trazos sobre el papel de un utópico ojalá.

El fulgor de la chimenea aviva la estancia mortuoria con su resplandor, trazando arabescos de luz y sombra en las paredes. Observo el fuego y casi logro respirar tu olor procedente del interior, pero sé que estás lejos. Tu aroma inconfundible no se encuentra conmigo. Hoy no.

Sobre la mesa, un puñado de tercios de cristal vacíos y un cenicero con diez pitillos arrugados. Es un secreto a voces que nunca dejé la bebida. Las paredes decoradas con marcas de mis nudillos y golpes de quién sabe por qué, y en mi móvil alguna llamada perdida, pero ninguna es tuya. En un marco de contrariedad, mi ego y yo discutimos en el sofá: ¿fuimos viles o tomamos la elección correcta? Todavía persisto, estúpido yo, en el subterfugio del ego para evitar asumir mi propia desvalía. Eructo una vez más.

Me acomodo en el sofá y observo el viejo tocadiscos. Tras degustar un instante bonancible, regreso a la realidad y atravieso el bolígrafo con la mirada para desenfundarlo. Nunca llegarás a leer estos párrafos, pero una incipiente necesidad catártica me obliga a escupirlos sobre el papel, que lo aguanta todo:

Toda una vida insistiendo en la concepción del malestar para alcanzar la escritura. De hecho, siempre escribía poco después de nuestras discusiones y, con mayor frecuencia, desde que comprendí que no era amor lo que compartíamos; sino poco más que licores y textos. En este caso, simplemente me encuentro confuso y, por lo que parece, con eso me basta. Sospecho que puede deberse, en parte, a la luna: culpa suya, que se encuentra, una vez más, llena.

Siempre estuve atado a tu persona, que me cegaba y obligaba a cumplir con caprichos y estupideces, a lidiar injustamente con la culpabilidad tras tus berrinches inmaduros. Eternamente disponible, aunque tu respuesta fuese la intermitencia o incluso la amarga ausencia. E ignorante quien niegue que todas las minucias dejan huella y que en el mundo exista algún detalle cuyo valor sea insignificante.

La luna llena se posaba en la palma de tus manos, pero preferiste bailar junto a la luz de las farolas, de los escaparates y de las velas. Esas manos siempre fueron mías. Pero no supe alejarme de tu vida y me obligué a retirarte de la mía de la forma más despacible, como salvarse del espanto haciendo uso del arte; como

Perseo y Medusa. Lo nuestro, mientras duró, fue un frenesí y, al menos, puedo presumir de haberme curtido en esa disciplina.

Intentaré rehacer mi vida en mutismo y hallar la dirección correcta, pero me temo que mantendré la misma retahíla: nevera vacía, números rojos y el cuarto de baño, a partir de ahora, sin tu cepillo de dientes. No obstante, no te añoro, en absoluto. Siéndome leal, me echo de menos a mí, también a mi orgullo, a mi dignidad y a mis ganas de ser. Todo aquello que me arrebataste. Mi única convicción es que acabé abatido ante tus colmillos de víbora y, entonces, presumo que mi única alternativa fue devolvértelo. Te inyecté tu propio veneno.

Ahora descansa y permite que yo haga lo mismo.

Tomo aire profundamente.

Miento si digo que una sensación de satisfacción me inunda, pero sí he soltado un lastre y espantado a mis demonios temporalmente. Dejo de divagar y tuerzo la mirada hacia la ventana, con la lluvia que afloja, algunos paraguas que recorren las calles y los edificios que descansan intocables, en la lejanía. Me complazco de comenzar el primer invierno sin ti, aunque un sabor agridulce recorre mi paladar. Pero lo vuelvo a ignorar.

Echo un vistazo a mi alrededor y caigo en la cuenta de que aún persiste la escena embarrada de sangre y dolor. Algunas manchas salpicadas y secas, otras coagulada, pero toda ella oscura, condecorando el suelo del apartamento. En el cuarto de baño, el filo del puñal sigue burdeos, intacto frente al váter, justo donde calló. La bañera parece una carnicería. El jersey, la camisa de lino y tus

zapatos preferidos siguen intactos, pero ahora teñidos de rojo, lo que añado a la lista de asuntos por resolver.

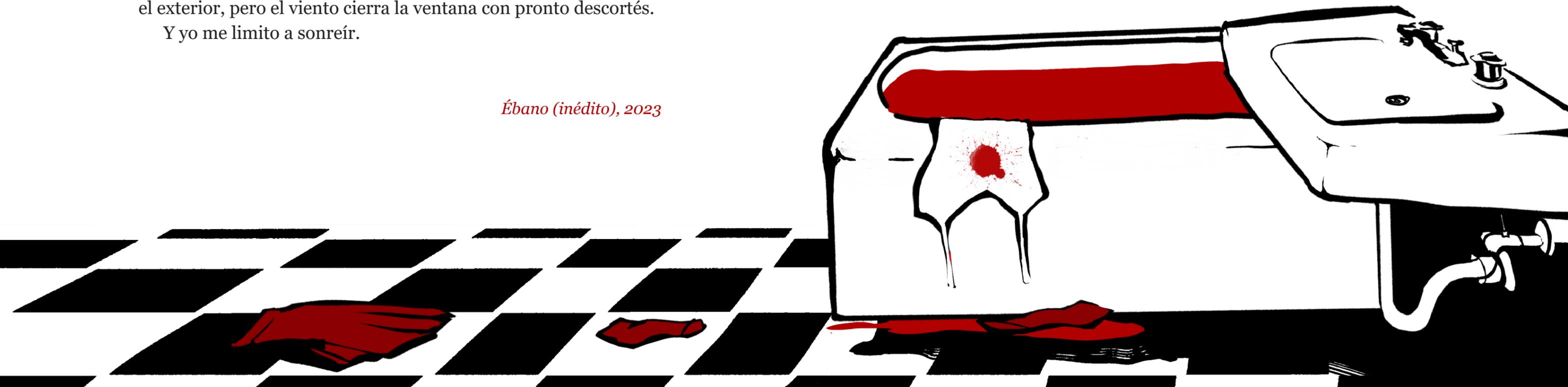
Lo único que conservo es tu mano. No en un sentido alegórico: ahora la conservo inmóvil, tenue y fría, postrada sobre la mesa. Un recuerdo indiscreto –provocador para otros, no para mí– y prueba que supondría la mayor de mis condenas. A pesar de ello, arrugo esta última carta con la tinta todavía fresca, la poso en tu palma y aprieto tus dedos rígidos contra la bola de papel. Contemplo tu puño dentro del mío por última vez, lo sostengo como si fuera una bola de cristal, y lo arrojo con un gesto diestro y liviano al interior de la chimenea. Ya no queda nada de ti.

El fuego, con lento consumir, devora tu mano y el resto de tu cuerpo, que yace desmembrado y carbonizado, y también se lleva consigo las últimas letras que te dedicaré. Como quien regresa un viernes por la noche de su jornada de trabajo, enciendo el cigarro que culminará esta noche antes de entornar los ojos de nuevo en el sofá.

El humo que nace de la combustión de tu cuerpo y la madera pretende escapar sigilosamente por la abertura que comunica con el exterior, pero el viento cierra la ventana con pronto descortés.

Y yo me limito a sonreír.

*Ébano (inédito), 2023*





### III. LA PUERTA Y EL ABISMO

Un día más en que el tiempo parece haber muerto, sin embargo las horas siguen corriendo. Remuevo el café con la cucharilla y creo un remolino negro que bate el universo dentro de la taza. Miro por la ventana y la inmensidad de las montañas, como el abismo a Nietzsche, me devuelve la mirada. Respiro tranquilidad y la espuma del café aún se tambalea. Un día más, solo escucho el cántico de los grillos, sin embargo, llaman a la puerta.

*(2024)*



## IV. BANDERA BLANCA

Estaba bien hasta que se incorporó. Entonces, sintió un dolor agudo en el bote de los sesos, puñaladas en los muslos y el infierno en su pecho. Era el sufrimiento de quien padece un inmenso achaque, hecho carne.

La figura se desplomó sobre la cama de nuevo, sus manos se aferraron con fuerza al pecho, de ahí al cuello, y se retorció con angustia. No podía extraer el puñal incandescente que abrasaba sus cervicales y lo envenenaba.

Prensando con determinación los pocos dientes que aún conservaba, con la adversidad observándolo desde una esquina del habitáculo, sucumbió ante todo aquello. Con las nubes negras vomitando agua, se rindió.

*Ébano (inédito), 2023*



## V. JUVENTUD ATRASADA

Sonaban las diecinueve horas en el reloj de cuco ubicado en la pared del salón de nuestro protagonista, algo que otorgaba un matiz sencillo y rústico a dicha habitación. Este sonido enfurecía a Matilde, la gata persa, negra y obesa que llevaba incontables años soportando al dichoso reloj, cada media hora. Para su dueño, al contrario, anunciaba el momento que esperaba todas las semanas. Así comenzaba su ritual, paso a paso:

Como cada viernes, cuando empezaba a esconderse el Sol, Emilio tomaba una ducha refrescante mientras tarareaba “Stand by me” de su ídolo, Ben E. King. Lo hacía sin prisa alguna, disfrutando cada gota de agua, atento a los detalles que le ofrecía el día a día. Tras ello, preparaba su característico té negro: vertía agua caliente, no hervida, en la taza y la dejaba reposar sobre la encimera de la cocina, desgastada por la marca de su ritual y del paso del tiempo. Exprimía unas gotas de limón en su bebida y, casi de un salto, se movía hasta su dormitorio; frenaba en seco frente al espejo situado sobre la mesita de noche, en la que conservaba un antiguo reloj de pulsera bañado en oro, que guardaba en el bolsillo izquierdo de su pantalón, antes de agarrar el peine y comenzar a atusarse el cabello con delicadeza.

Emilio tenía los ojos claros, la nariz alargada y una tupida barba grisácea a juego con su canosa cabellera. Pese a tener un cuerpo escuálido y delicado, no carecía de ilusión y agilidad, algo que reflejaba cuando se movía por las habitaciones de casa bailoteando con su vieja radio que sonaba de fondo, si conseguía sintonizar alguna canción que, con suerte, llegaba a escucharse entrecortada. Pasaba el día con aquel aparato encendido, con la idea de que se trataba de la banda sonora de su vida; la que le acompañaría siempre, por la que nunca se sentiría sólo.

Vistió su traje de corte italiano, bien ceñido en forma de “V”. Este tenía dos botones y era de un tono azul marino que complementaba a los pantalones. Calzó unos brillantes zapatos de piel que gustaba lucir con orgullo y perfumó su cuello con un giro de muñeca. Abrió uno de los cajones del mueble situado a su derecha y tomó unas monedas que dejó caer en el mismo bolsillo en el que había guardado el reloj dorado; después cogió un paquete empaquetado de tabaco rubio y, tras agarrar un cigarro con los labios, regaló su mejor sonrisa al espejo. Fue entonces, justo antes de abrir la puerta, cuando se percató de que ni si quiera había tenido tiempo de probar el té; es más, ahora ya estaría frío. Hizo caso omiso.

Salió, cerró con llave y comenzó a andar dejando atrás el barrio de San Ildefonso, casi intransitado. Las bajas temperaturas que envolvían Jaén en la década de los sesenta convertían a Emilio en

uno de los pocos héroes sin capa con el valor de salir de casa en las últimas horas del día. Las calles empedradas del casco antiguo estaban por entonces adornadas de grandes árboles frutales a ambos lados, que en verano solían perfumar, y en invierno hacían liviano el gélido trayecto; aunque el frío no suponía un problema para él. Callejeó hasta alcanzar una confitería en la que compró una caja de veintidós bombones, algunos rellenos de licor y otros tantos con almendra y chocolate blanco. Por último, recontó con dificultad las pocas pesetas que le quedaban y lanzó lejos el cigarro consumido para entrar, con suerte, en la floristería, pues estaba a punto de cerrar.

—¡Buenas tardes, don Emilio! —saludó con una sonrisa de oreja a oreja y casi una reverencia el tipo del mostrador—. Lo de siempre, supongo, ¿no?

Con un guiño asintió y contestó:

—¡En efecto! Una docena de rosas bien rojas. Las más bonitas para la persona más bonita. ¡Ella no merece menos!

Con el ramo entre los brazos y el dinero justo para un par de cafés, anduvo hacia la esquina en la que comenzaría la cita con su amada y tomó asiento en la escalera de uno de los portales que quedaban junto a la prestigiosa barbería de la zona. Esperó durante varios minutos, pero no alcanzaba a verla, ni si quiera a lo lejos. A pesar de ello, mantenía firme su sonrisa y, ante todo, la



esperanza; pero los ojos no aguantarían durante mucho tiempo más abiertos. Con un ojo casi cerrado y el otro a medio abrir, quedó dormido plácidamente, con la cabeza apoyada en la cristalera de la puerta sobre la que reposaba. El reloj cayó del bolsillo y adquirió un nuevo arañazo al impactar contra el suelo, percatando al barbero y a su último cliente del día. Éstos se miraron con expresión de lamento. De una u otra forma sabían de qué trataba el asunto.

–El pobre anciano no asimila la pérdida de su mujer –comentó el cliente mientras acariciaba su perilla-. Otro viernes más que vuelve con la intención de verla, como la primera vez. Semana tras semana, mes tras mes. Es incansable.

El barbero sacudió el pelo sobrante de la navaja contra las tijeras:

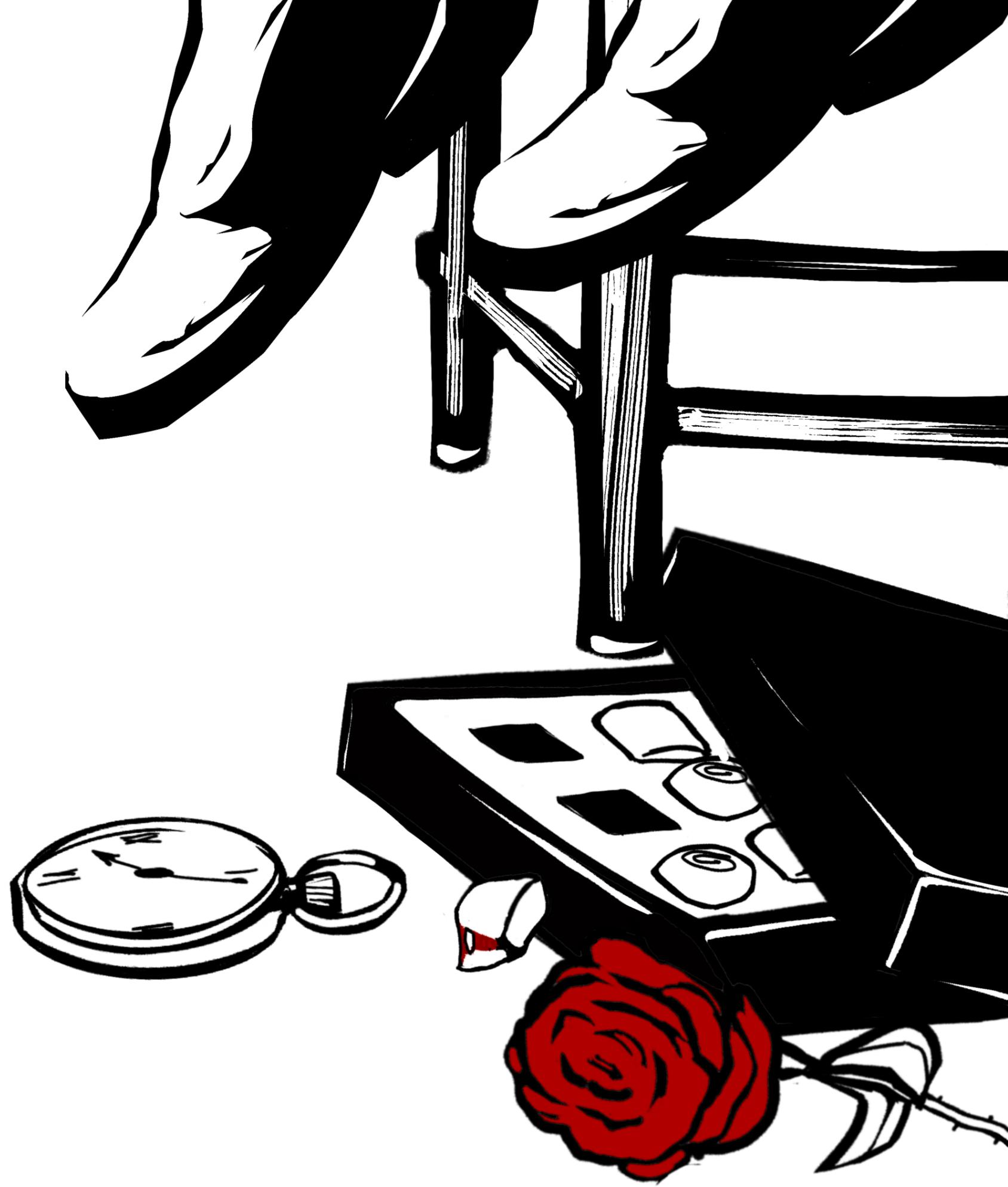
–Parece increíble que no pierda la ilusión Conserva la esencia juvenil que siempre tuvo. Como una juventud atrasada, diría yo.

Una leve pausa les permitió avanzar hasta Emilio y observarlo desde cerca, tirado en el suelo. Esta vez, el barbero habló primero, sin soltar sus herramientas.

–Otra vez el ramo de flores, la caja de bombones, el reloj de oro que le regaló por primera vez...

–E imposible negarlo: otro té frío en casa. Sin beber.

*Catarsis, 2017*





36

## VI. CENIZA EN EL BOLSILLO

Junto a un joven cabestro, rudo e influenciabile, otro déspota, malhumorado, casi arrogante. Ninguno es perfecto, ¿pero quién sí?

Al primero lo ampara una familia poderosa y decora su muñeca con un reloj caro. “Todo es tan fácil que da asco”, piensa. El segundo recoge colillas del suelo para apurarlas y poder fumar. “Todo es tan complicado que da asco”, murmura.

Se odian. Cada uno es un espejo deformado del otro.

No obstante, algo los iguala: ambos guardan en el bolsillo todas las bibliotecas, los conocimientos lícitos y los prohibidos, el poder de los siglos. No solo ellos: cualquiera en este tiempo.

Encuentran un papel en el suelo.

El primero, con ceño fruncido y mirada de desprecio, lee estas líneas.

El segundo, igual o peor que el otro, al menos es quien las ha escrito.



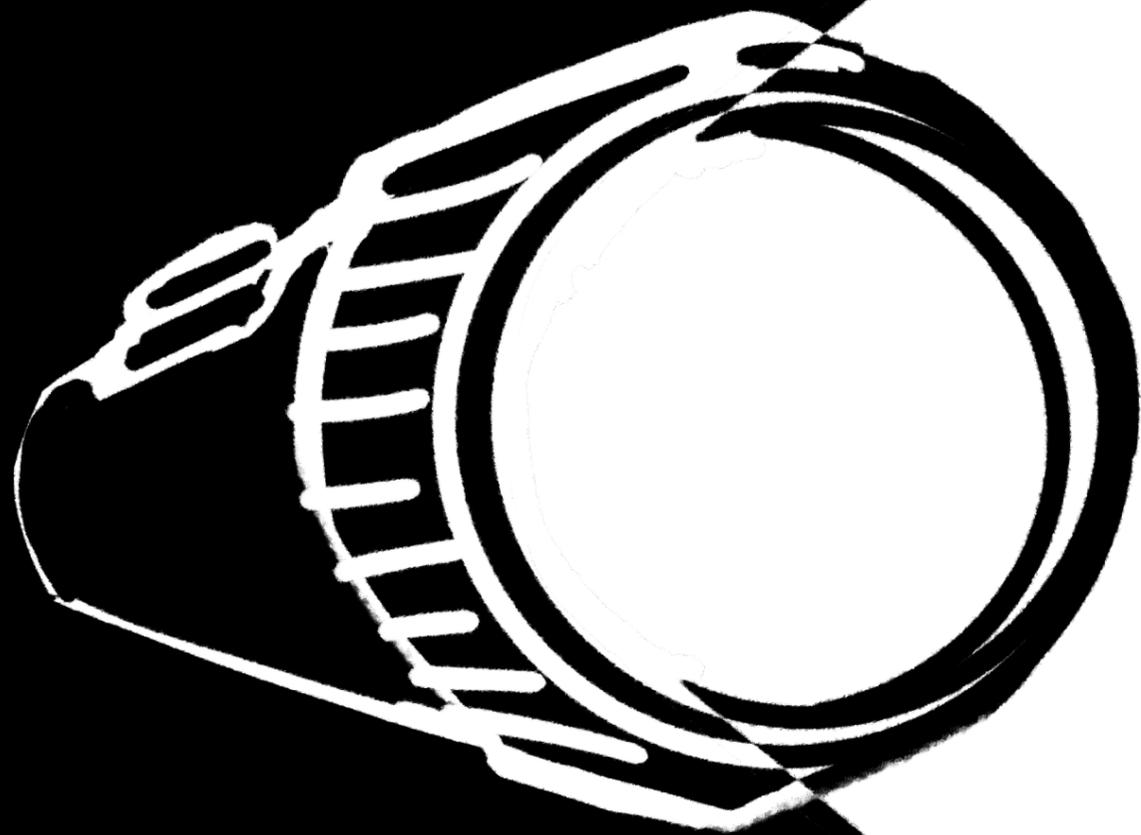
(2024)



## VII. ESLABÓN PERDIDO

Con semblante triste, el sapo encontraba cierta paz en su soledad. Hacía lunas que el desarraigo ya no le importaba. Su croar no encontraba respuesta en aquel pantano, pero eso también lo convertía en el rey de su propio espacio. Ya no perseguía el porqué. Se sentía el eslabón perdido de una cadena, pero bueno, sentía.

(2024)



## VIII. EL SÓTANO

Nunca me agradó la idea de bajar al sótano de la casa de mi tía Elena. No porque estuviese oscuro y fuese un lugar casi gélido, sino por las historias que ella siempre nos había contado a mí y al resto de primos: la antigua propietaria que decidió acabar con su vida allí abajo, los susurros ininteligibles al atardecer o el llanto desesperado de quién sabe quién en ocasiones. Tal vez no fuese temor, pero sí que sentía algún tipo de vértigo cada vez que veía de refilón la trampilla que bajaba al sótano. Una sensación que queda lejos de ser bien explicada y que ha de sentirse para poder ser comprendida.

En realidad, siempre creí que todo aquello eran cuentos para alejarnos a los primos de allí. Para evitar que, a saber, tropezásemos o quedásemos atrapados por accidente. Tampoco se trataba de un tema que entonces me quitase el sueño, pero al parecer, a mi primo menor sí. Carlos se había pasado todo el fin de semana rogándome bajar.

—Acompáñame, tío —repetía continuamente sin dejarme pegar ojo—. Mañana de vuelta a Jaén y a saber cuándo volvemos a venir a casa de la tita Elena.



–Baja el volumen, porfa, que la tenemos en la habitación de al lado. Y ya te he dicho que no.

La mera idea de acercarme allí me erizaba el pelo. Éramos dos críos de diez y doce años en una casa de campo a hora y media de la ciudad, con temperaturas bajo cero. Además, por si el silbido del viento acariciando la ventana no hubiese bastado, comenzó a granizar. Pero, ¿qué primo mayor iba a destronarse del ejemplo de valentía en el que el menor lo había colocado? Yo no.

–Vas a abrigarte bien –exigí apuntándole con el dedo índice–, vamos a coger la linterna y vamos a bajar rápido y en silencio. En diez minutos estamos planchando la oreja otra vez.

Siempre pensé que Carlos era más introvertido y asustadizo que yo, pero me equivocaba. En realidad, él se mostraba tal como era, mientras que yo solo pretendía aparentar ser quien me hubiese gustado ser; quien me hubiese gustado ver en su lugar.

La noche, tragándose las últimas luces del atardecer, había caído hacía horas. Como de costumbre, una

bruma espesa formaba una capa sobre los suelos que rodeaban la casa de campo, arrastrando consigo un aire de incertidumbre.

Con gorro, chaquetón, guantes de lana, calcetines por encima de los pantalones y una linterna que hoy sería digna de coleccionista, atravesamos el pasillo con un silencio impecable que se rompió con el crujir de la madera al bajar las escaleras. Tras una breve pausa y una mirada cómplice y temerosa, continuamos hasta el gran portón. Junto a él: el perchero del que colgaba el bolso de la tita Elena. Carlos metió una mano y rebuscó con torpeza hasta encontrar una llave con forma de girasol. La introdujo lentamente en la cerradura y giró la muñeca.

Al abrir, el viento chilló.

En la penumbra, el patio se convertía en un laberinto de sombras y neblina. Las plantas y las flores, aunque exuberantes durante el día, ahora se oscurecían en un manto verde profundo y opaco. Las hojas parecían susurrar al viento con un murmullo siniestro, y la luna, apenas visible tras las nubes, filtraba débilmente su brillo entre las ramas, creando parpadeantes destellos de desolación.

Justo detrás del gran limonero de la tita Elena, en el suelo, se situaba la trampilla oxidada que comunicaba con el sótano. Sin candado ni cerrojo, solo con una frondosa maceta encima que movimos hacia un lado sin esfuerzo. Una vez ahí, sin haber sido descubiertos, no había forma de retroceder.

Nuestra familia, siempre sumida en la espiritualidad, los rituales para atraer abundancia y el más allá, creía en lo paranor-

mal. En contraste, Carlos y yo siempre intentábamos encontrar el sentido lógico a toda aquella farándula sobrenatural. Sin embargo y pese a mi escepticismo, debo confesar que esa fría noche de invierno, sobre aquella chapa rojiza, escuché pasos bajo mis pies. Esos ecos aún hoy son un enigma.

Me quedé petrificado unos segundos, como la mirada que Carlos me devolvió. También él los oyó, pero una sonrisa burlona borró el miedo de su cara.

–¿Qué te pasa? –me preguntó rezumando ironía– ¿Tienes miedo?

No contesté. El granizo apretaba.

–¿Espabilas y entramos o nos morimos de frío aquí fuera? –Carlos parecía haberse transformado en el superhéroe al que siempre quise parecerme.

–Venga. Agarra por aquí y ayúdame a abrir esto –respondí con la firmeza digna de aquellos que saben disfrazar la aprensión.

Temí que el chirrido de la vieja compuerta pudiese despertar a nuestra tía, pero no tuvimos esa suerte y nos adentramos en el agujero a través de las escaleras. Descendimos un par de metros hasta volver a pisar tierra firme y Carlos barrió con la linterna el habitáculo: iluminó cada rincón visible desde allí. Montones de cajas de todos los tamaños formaban un intento fallido de pasillos. Las paredes, descascaradas y cubiertas de moho, se alzaban como gigantes decrepitos despojados de su antiguo esplendor. El olor a humedad y el sonido de las goteras en el suelo de cemento no hacían el lugar especialmente apacible. Nos arropó una atmós-

fera densa con la que sentí cientos de ojos dirigiéndose a nosotros. Solo quería volver a la superficie.

–¿Ves? Aquí no hay nada especial –le dije volteándome hacia la escalera mientras él avanzaba lentamente en dirección contraria–. Solo es un trastero sucio y...

Escuché el golpe de la linterna contra el suelo y su luz se apagó. Carlos empezó a gritar con la desesperación de quien lanza su último aliento. Cada vez con más intensidad, agonizaba con lamento y se retorció en el suelo. La oscuridad hacía imposible ver nada. Sus súplicas se repetían con frenesí. Asustado y guiado por mi instinto, salté hacia la escalera y subí a toda prisa. Sus gritos seguían desgarrando la penumbra allí abajo. Al salir del agujero, tropecé y caí junto al limonero, pero la adrenalina y el pavor que circulaban por cada glóbulo de mi organismo camuflaron el dolor. Corrí gritando hasta el portón y allí se encontraba la tita Elena, de brazos cruzados y con gesto que mezclaba enfado y decepción. Me dejé caer sobre sus brazos entre llantos pero, antes de permitirme contarle lo que acababa de suceder, colocó su dedo índice en mi boca rogando calma. El silencio absoluto inundó la habitación.

–¿Cuántas veces te he dicho que no se puede bajar ahí? –surraba con histeria pero evitando hacer ruido mientras tiraba de mi brazo escaleras arriba.

–¡Pero Carlos...! –respondí ansioso con la mirada en el portón.

–¡Silencio, que lo vas a despertar! Fue entonces cuando abrió despacio la puerta de nuestro dormitorio y ahí estaba él. Carlos, arropado y bocabajo, dormía plácidamente abrazando su cojín.



La tita Elena, a regañadientes, me besó en la frente y volvió a su cuarto. Sequé mis lágrimas y me acurruqué entre el edredón, de cara a la pared, junto a mi primo, sin apagar la lámpara de la mesita de noche. Seguía teniendo miedo, temblaba y no entendía nada.

Pasé varias horas de vigilia, inmóvil en la cama. Después me giré lentamente hacia el otro lado. Allí yacía una figura pálida y delgada, con los ojos desorbitados, que clavaba su mirada en mí. Pero aquel niño acostado a mi lado no era mi primo Carlos.

*Rosa Negra (inédito), 2019*





## IX. ACUERDO TÁCTICO

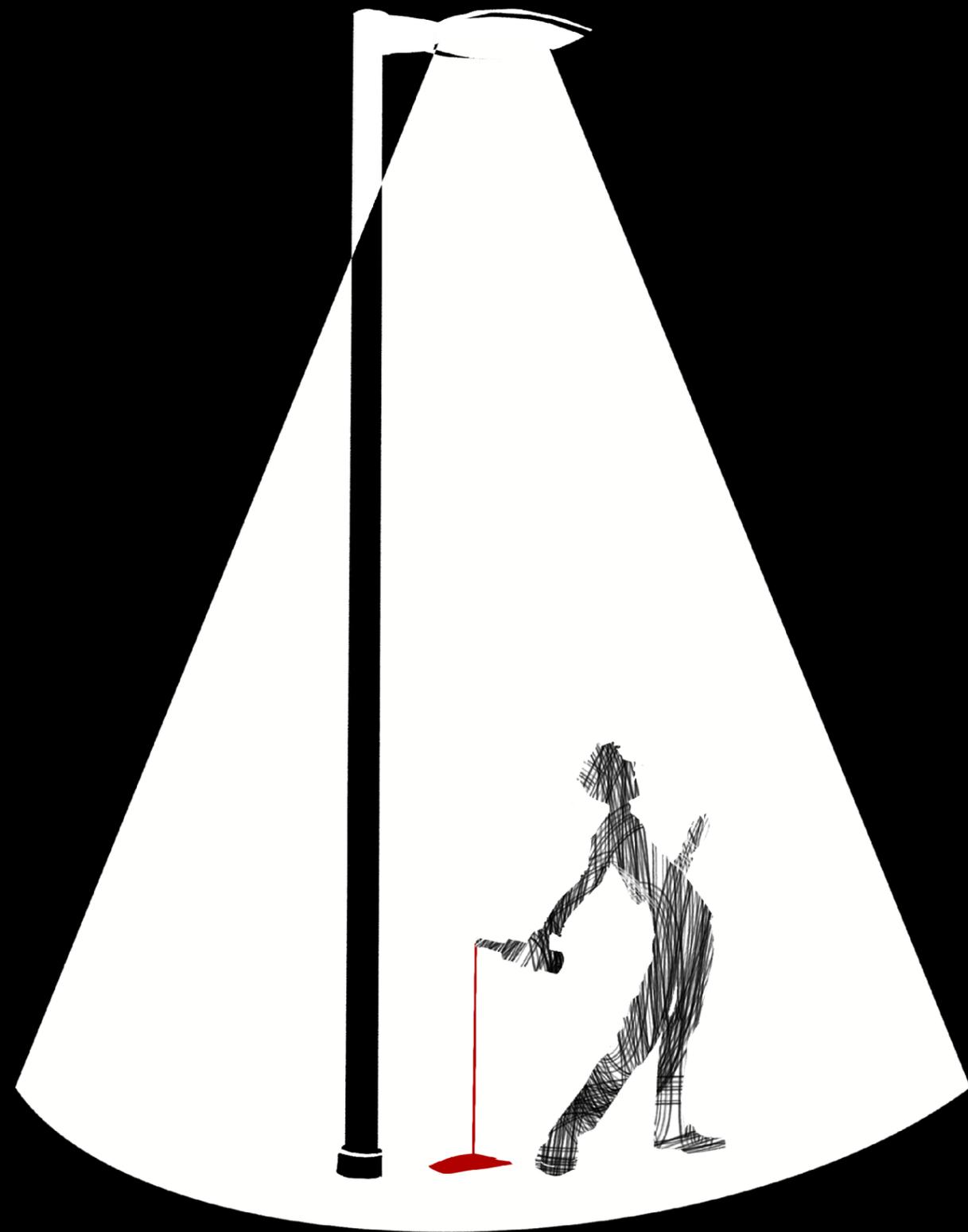
Pincelo una prosa melodiosa que, con suerte, comprenderán pocos.

Embriagado de ginebra y falto de arrumacos, absorbo la connotación que me ofrece el licor y suplo la objetividad del desazón. Sin ceñirme a los lineamientos de la métrica, la rima me persigue, pero mi astucia es mayor, pues la esquivo, golpeo e increpo.

Debatimos y arrojamos sugerencias para no abandonar la cordialidad, lo que nos conduce a pactar sin preámbulos ni dagas. Ella me abandona solo si no la menciono en mis textos, si mi exotismo se sigue aferrando a la narrativa y se aleja de la lírica.

Pincelo una prosa melodiosa, bebo, tartamudeo y me burlo de la rima.

*Ébano (inédito), 2023*



## X. LAS 5:00

La noche se arrastra con desgana como un borracho por la acera. Los edificios murmuran historias de amores perdidos, de engaños y de desesperanzas recicladas. Los bares vomitan sus últimas luces y las calles rezuman soledad. Una farola parpadea. Los socios y los cómplices se traicionan. La hora que marca el reloj se convierte en un chiste cruel, los sueños se pudren y las botellas vacías se convierten en fieles compañeras. La cecina del cigarro a medio fumar tiritita y se resbala.

*(2024)*



## XI. LAS LLAMAS DEL SILENCIO

Santiago nunca me había tuteado, hasta entonces.

Si la memoria no me traiciona, debía tratarse del cuarto día, tal vez el tercero, sin que ninguno de los dos abandonase su despacho. Solo lo hacíamos para ir al baño, descansar un par de horas en el sofá de la habitación colindante o comprar algo que echarnos a la boca antes de continuar con la faena. Nos atrincheramos en un mar de problemas. Con el pasar de las horas, la veteranía y el conocimiento de los que Santiago hacía galardón parecían desmoronarse sobre la misma mesa en la que volteaba su reloj de arena: una vez, después otra, otra vez más y dejé de contar. Su expresión certera y la actitud sobria se desvanecían entre sudores, papeles, golpes en la mesa, una camisa arrugada y mucho café. Estaba fuera de sí, y yo me limitaba a observarlo hincando los codos en las rodillas y sosteniendo un cigarro a medias entre pulgar e índice. Él humedecía la punta de sus dedos con la lengua y pasaba con nerviosismo las páginas de los libros y archivadores; también escribía notas y las colocaba en la pared para, acto seguido, volver a levantarse, arrancarlas y arrojarlas a la papelera.

Si esta no era la peor, debía ser una de las más complejas tesituras que afrontaba. Sin embargo, la rendición no cabía en su mente ni en los manuales que había pasado toda una vida estudiando.

–Agresión en la cocina, tras una discusión; secuestro en el interior del trastero, amordazándola hasta que se desangró; lo que nos lleva a un homicidio en toda regla que concluye con la ocultación del cadáver y, posteriormente, su desmembramiento –Santiago, descompuesto, releyó lo que había apuntado y torció el cuello hacia mí.

Yo asentí sin devolverle la mirada.

–Es cierto que lo único demostrable y de lo que, en principio, podrían acusarte es de homicidio pero, en cualquier caso, lamento decir que... se me hace imposible –pronunciaba las palabras lentamente y sus pausas fingían una eternidad–... es decir, dudo que logre impedir que pases décadas entre rejas, Eufrasio.

–No hay cuerpo –aún no sé cómo respondí con semejante frialdad cuando me refería a, hasta hace cuarenta y pocos días, mi mujer–. La descuarticé como te dije. Después la eché a la chimenea e incineré todo lo que quedó de ella.

–Los restos humanos, amigo mío, dejan rastros de ceniza y fragmentos de hueso y tejidos que los forenses recuperan y examinan. Por mucho empeño que hayas invertido, existen métodos para encontrar evidencias –quedó petrificado un momento–. De hecho, hasta los restos de sangre pueden resistir las altas temperaturas del fuego. Cuando alguien denuncie la desaparición, será su casa, ¡vuestra casa!, el primer lugar que registren.

El flexo de su escritorio me deslumbraba. No supe si la luz de aquella bombilla era excesiva o si mi cansancio estaba alcanzando niveles críticos. De cualquier modo, el estrés y la fatiga volvían a convertirse en la fuente inagotable de combustible para mi tren bala, hasta que una idea se presentó ante mí y me insinuó que aún podría desatarse el nudo. Me levanté de la silla:

–¿Y si soy yo quien denuncia su desaparición? Quiero decir: no tenemos hijos y pocos echarán de menos a unos autónomos sin horarios, como nosotros, que intentan levantar su negocio. Piénsalo. Pude pasar unos meses de viaje por trabajo y, al regresar a casa, me topé con que Elena había desaparecido sin decir adiós.

Santiago me observaba impaciente y gesticulaba con su mano izquierda invitándome a acelerar mi discurso. Con la derecha, sujetaba un bolígrafo que golpeteaba constantemente contra el flexo, al ritmo de mis palabras.

–Un segundo. ¿Has hablado del tema con alguien durante estos días? –detuvo el tamborileo.

–No. He estado deambulando ebrio y me he metido en algún follón con indigentes y borrachos que no saben ni quién soy –me detuve yo–. Aunque, pensándolo bien...

–Suéltalo.

–Antes de eso, un par de días después de lo de Elena, sí pasé una noche en casa, con Lucas, un viejo amigo.

Santiago apoyó su espalda sobre el respaldo del asiento, apretó los ojos y suspiró.

–¿Por qué?

–No fui capaz de asimilar lo que me había llevado hasta ahí. No lo sé.

Lo invité para convencerme de que no ocurría nada, de que todo estaba bien.

–¿Qué pasó esa noche?

–Tomamos algo, lo de siempre. También jugamos al póker –divagué–, no sé. Fue una noche extraña para ambos.

–Que me digas, Eufasio: ¿qué más pasó esa noche?

¿A quién iba a engañar? ¿También a mi propio abogado?

–Escuchó a Elena, encerrada en el trastero –el gesto de Santiago tornó de la desesperación a la ira–. ¡Tranquilo! Estoy seguro de que no tiene ni idea, te lo puedo jurar. No durmió allí, pero no sospecha. Le convencí de que debía ser alguna rata haciendo ruido y se fue asustado, a las tantas.

Con la mirada en el techo, puso las manos bajo sus ojos y las arrastró hacia el bigote, en un gesto angustioso y casi repulsivo. Exclamó algo y después suspiró. Entrelazó los dedos y recobró su postura para pronunciarse:

–Lo siento, pero... no existe ninguna coartada que pueda encubrirte –pormenorizó con el retorno de una agitación incesante–. Solo tienes una opción y, cuando la tomes, porque la tomarás, tú nunca estuviste aquí.



Le hice caso.

Marché a casa a pie, aún de noche y no dejé de pulsar el botón del ascensor hasta que me subió a la última planta. Dentro del ático, esparcí las cenizas, el hollín y todo lo que quedase en el interior de la chimenea por el suelo del salón. Me dirigí al armario y cogí mi ropa, también la de Elena, y la desperdigué por todas las habitaciones. También la comida, las sartenes, el salero, los rollos de papel higiénico y las cintas de VHS. Todo quedó en minucioso desorden, excepto el móvil, la cartera de Elena y un viejo sobre con doscientas mil pesetas, que vendrían conmigo en el bolsillo de la chaqueta.

En el baño, con gesto brusco, agarré la maquinilla de afeitar y me enfrenté al espejo. El sonido de las cuchillas deslizándose por el cuero cabelludo era inquietantemente nítido en la habitación. Rasuré mi cabeza y me deshice de la barba, con la esperanza de cambiar mi aspecto y pasar desapercibido. Los mechones caían al suelo como testigos mudos de un mal presagio cumplido. Observé con detenimiento mi reflejo, que me juzgaba con la mirada.

En ese instante, recordé aquello que Santiago mencionó sobre la sangre. Entonces, la idea de sembrar más pruebas falsas se convirtió en una necesidad urgente. Agarré un cuchillo de la cocina y lo afilé con torpeza. Mi respiración se disparó, las manos temblorosas sudaban profusamente y la angustia me dictaba la necesidad de abando-

nar ese lugar cuanto antes. Sin pensarlo, hice un corte limpio en la palma de mi mano y contuve el sollozo. Observé cómo comenzó a brotar la sangre y me moví por todos los habitáculos para esparcirla. Calló en el suelo, por lo muebles, encima de la ceniza y también la derramé en el sofá. El ático pronto se convirtió en un macabro escenario que no haría otra cosa sino confundir al personal.

Empapé todos los muebles, así como el suelo de la estancia, con lo que quedaba de Ribera del Duero y whisky. Vertí alcohol sobre la herida abierta y tomé un trago largo. Después agité para terminar de vaciar todas las botellas, hasta la última gota, y cogí la caja de cerillas. Vendé la herida con prisa, me abrigué y, una vez estuve en el marco de la puerta, encendí uno de los fósforos y lo arrojé al interior. Un golpe de calor me sacudió y las llamas se erigieron bañando todo el ático, desde el pavimento hasta las ornamentaciones con finuras de ébano que caían por las paredes del pasillo.

Con aquella imagen en la retina y sin mirar atrás, rodeado de silencio y envuelto en una danza de destellos rojizos y sombras, regresé al ascensor y abandoné el bloque. Abajo, frente al restaurante japonés, me esperaba mi Audi A4 del noventaiséis. Bajé la ventanilla, encendí un cigarro y aceleré.

\*\*

Comencé a cavar mi tumba en aquella discusión con Elena. Santiago solía decirme: “No conviene perturbar los hitos decisivos:

aquellos que puedan alterar el sentido del destino” y, en contra de lo que hoy hubiese hecho si puede volver atrás, el libre albedrío me empujó a desobedecerle en esa ocasión.

Me había jodido la vida y, durante esos días, Santiago había decidido paralizar la suya por mí. Su afán por mantener la compostura había quebrado en un escenario en el que se sentía casi tan perdido como yo: en su propio despacho, no ante un juez. La derrota se palpaba en una batalla que Santiago no permitiría que tuviese lugar. Tan así fue que ni siquiera llegó a existir durante los años que siguió con vida. Nadie supo nada. Para el mundo, solo quedaron las llamas, algunos restos de una pareja adulta que nunca apareció, el silencio y un capítulo que Santiago decidiría borrar de sus recuerdos.

No fue un desatino. Si me libré, fue gracias a la astucia del hombre más legal que conocí nunca. El hombre que rompió con su propia rectitud por salvarme. Como me pidió, no volví a verlo hasta el día de su entierro.

*Ébano (inédito), 2023*



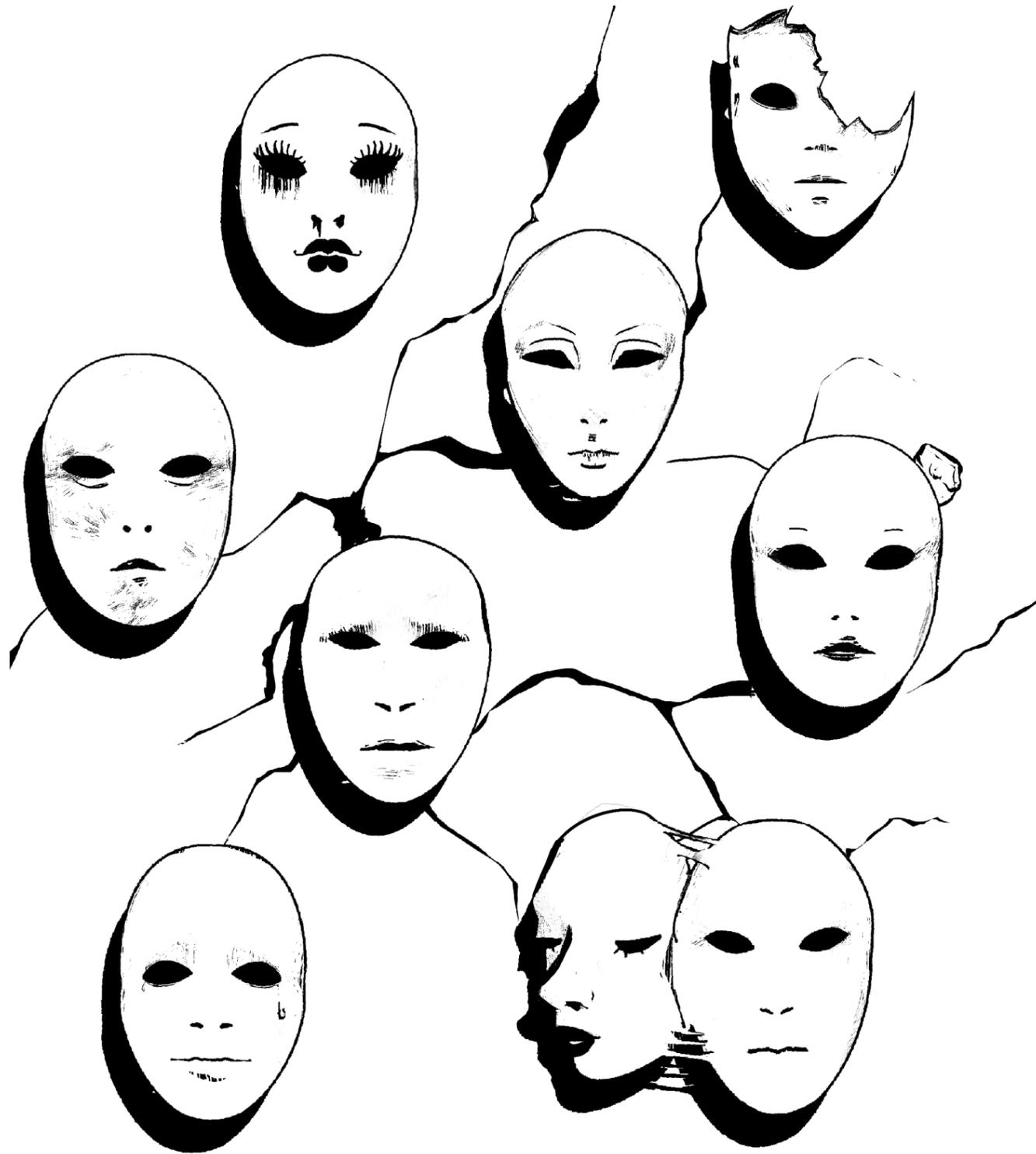
## XII. EL BORRACHO

El hombre iba borracho como una cuba. Por el tipo de pantalones, largos en verano y con muchos bolsillos, debía trabajar en la obra o igual tirando cable. A mi izquierda, apoyado en la barra esperando una tapa, balbuceaba, gritaba e increpaba a la camarera. La chica, con la cara llena de los cráteres que regala la pubertad, se limitaba a asentir y recargaba su vaso cada vez que él lo exigía con el dedo. Hielo, casera y whisky: NYC del barato. En ese orden.

A mí, después de dos años sobrio y un tiempo sin fumar, me apetecía gresca, qué cojones. Una bofetada a tiempo, después de una subida de tono del borracho o de un empujón inocente, y todos me proclamarían héroe de la noche. Pero en la mirada del borracho –me percaté de refilón, no hizo falta más– solo quedaba la tristeza de un pobre hombre. Y a mí también me habían pegado borracho. Y yo también fui un pobre hombre. Y lo extraño era haber elegido, tiempo atrás, no seguir sus pasos.

Por eso y por más, no fui el héroe esa noche. Tampoco el borracho.

(2024)



## XIII. OCHO GRITOS MUDOS

Sylvia Plath y el horno de gas. Virginia Woolf y las piedras en los bolsillos. Anne Sexton y el automóvil en el garaje. Ernest Hemingway y el plomo en Idaho. Cesare Pavese y el hotel de Turín. Yukio Mishima y la daga por honor. Alejandra Pizarnik y los barbitúricos existencialistas. Stefan Zweig y el abrazo eterno y las cuatro cartas.

Ocho universos de belleza y dolor. Ocho destellos de la tormenta. Ocho gritos mudos.

(2024)

# AGRADECIMIENTOS

A José Luis y Rosa porque, sin manuales, navegan con paciencia infinita por el mar de su hijo. Si existiesen estas guías, conmigo necesitarían varios tomos.

